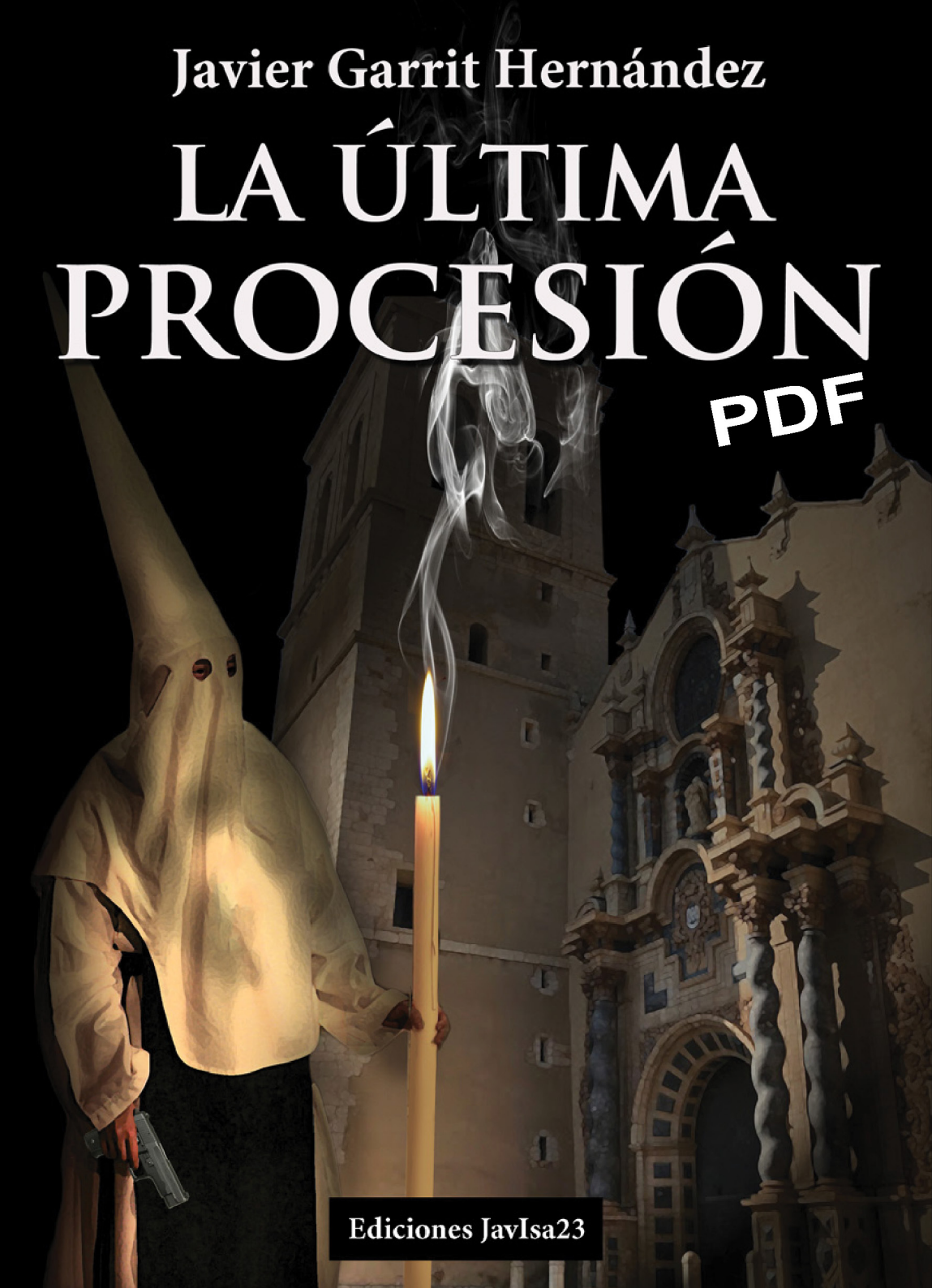
Javier Garrit Hernández

LA ÚLTIMA PROCESIÓN

PDF



Ediciones JavIsa23

Título: La última procesión
© del texto: Javier Garrit Hernández
www.javiergarrit.com - www.javiergarritnovelas.com

© del diseño de la portada y contraportada: Ediciones JavIsa23 / Diezde10

© de esta edición: Ediciones JavIsa23
www.edicionesjavisa23.com
E-mail. info@edicionesjavisa23.com
Tel. 964454451

Primera edición en PDF: diciembre de 2019
ISBN: 978-84-16887-96-5

© de la edición original en papel: Ediciones JavIsa23, 2019
ISBN de la edición en papel: 978-84-16887-80-4

Maquetación y diseño: Javier Garrit Hernández

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, según las leyes establecidas en esta materia, la reproducción total o parcial de esta obra, en cualquiera de sus formas, gráfica o audiovisual, sin el permiso previo y por escrito de los propietarios del copyright, salvo citaciones en revistas, diarios, libros, Internet, radio y/o televisión, siempre que se haga constar su procedencia y autor.

Javier Garrit Hernández

LA ÚLTIMA PROCESIÓN



Ediciones JavIsa23

A mi hijo Kristian.

Agradecimientos

Cuando empecé a escribir esta novela tenía planeado que tuviera un estilo y un número de páginas similar a las dos anteriores protagonizadas por Andrés Taída: «El secreto de la Misericordia» y «El anillo perdido del Papa Luna»; sin embargo, al final, la presente novela —tras haber permanecido desde hacía unos cuantos años inacabada— ha terminado teniendo un estilo propio y una mayor extensión que las anteriores, debido a las ganas de dotar la novela de un mayor dinamismo que las anteriores, de querer explicar algunas de las incógnitas en relación a algunos personajes que aparecían en las anteriores, y que vuelven a aparecer en esta, y al hecho de querer dar un cierto coprotagonismo a la trama histórica con la trama original de la novela —algo que en las anteriores se limitaba a unas breves escenas—, y todo ello se lo debo agradecer a mi hijo Kristian que infundió en mí el ánimo necesario para volver a escribir y me ayudó a deshacerme de la depresión creativa que me impedía terminar esta novela.

Al mismo nivel que a Kristian, quisiera agradecerle a Isabel —mi esposa— todo su apoyo, tanto en los momentos buenos como en los malos momentos a los que a veces el escritor debe enfrentarse, cuando la falta de inspiración, de ánimos

para seguir o de baja autoestima, al platearse tirar la toalla ante una novela que parece que no desea avanzar. Y sobre todo agradecerle su gran ayuda a la hora de escribir algunas de las partes de la historia de Ismail y Catalina.

Debo agradecer a Claudia Rodríguez López que hace años me plantease el crear un personaje basado en ella, el lector enseguida notará a que personaje me estoy refiriendo, pues el nombre —que no los apellidos— es el mismo.

Mis agradecimientos a la gente de la biblioteca de Vinaròs, por facilitarme el acceso a los libros que he necesitado consultar y por ayudarme a conseguir a través de la red de biblioteques de la Comunitat Valenciana algunos de los libros que he tenido que consultar durante el proceso de esta novela y que no estaban disponibles en la propia biblioteca, también agradecer su amabilidad durante las horas que he estado allí escribiendo con mi portátil.

También debo dar las gracias a la Asociació Cultural Amics de Vinaròs, por permitirme realizar algunas consultas y conocer más datos sobre la expulsión de los moriscos desde Vinaròs.

Entre otros lugares, esta novela ha sido escrita, en tres cafeterías de la ciudad de Vinaròs, «Moustache Café», «Cafetería Cantonet» y «Cafetería Mozart», a cuyos propietarios y empleados agradezco su enorme amabilidad. Estas tres cafeterías han sido fundamentales para poder escribir siempre con un café con leche sobre la mesa junto a mi antiguo ordenador portátil; al que, por cierto, debo agradecer que siga funcionando como el primer día que empecé a escribir en él.

Debo repetir agradecimiento a «Moustache Café» por permitirme situar una parte de la novela en dicha cafetería y en un detalle en concreto que se puede ver allí —aunque el origen de este sea ficcionado—. Así mismo exhorto, tras terminar de leer de la novela, al propio lector a visitar, si lo desea, la cafetería para constatar la existencia de dicho detalle.

Por último, agradecerle, aunque sea a título póstumo, al señor Agustín Delgado Agramunt, el apoyo que me dio en mis comienzos como escritor; es por ello que el lector encontrará un capítulo en el que aparece nombrado junto con una de sus obras, intenta ser mi pequeño homenaje hacia su persona. Las facilidades para poder incluir este pequeño homenaje a Agustín Delgado Agramunt en la novela a través de una de sus obras, publicada en su momento por editorial Antinea, se las debo agradecer a su editor Pablo Castell.

Nota del autor

Sobre la trama principal situada en tiempo actual debo decir, como siempre, que todos los edificios, calles y monumentos arquitectónicos descritos en esta novela son reales y pueden verse actualmente en la ciudad de Vinaròs y en la población de Ulldecona; así como los actos que se celebran durante la Semana Santa. Salvo que se realicen cambios en los mismos en un tiempo posterior a cuando se escribió la novela.

Las descripciones del interior del cuartel de la Guardia Civil de Vinaròs, del asilo de Vinaròs, del Convento de Ulldecona y de algunos edificios y viviendas reales —pero en las que habitan los personajes ficticios— han sido modificadas para preservar su seguridad y privacidad.

La trama principal que se sitúa en tiempo actual es totalmente ficticia, así como sus personajes principales. Cualquier relación o parecido de los personajes de la trama principal —situados en el tiempo actual— de esta novela con personas reales —nombres o descripciones físicas— es simple coincidencia, salvo en el caso de personajes de la historia reciente que puedan aparecer nombrados como parte de una mención a algún hecho real ocurrido relativamente poco antes de la creación de esta novela.

Como ya he hecho mención en los agradecimientos, hay un personaje basado en una amiga, sin embargo, aunque este personaje está basado en ella, y muchas de las descripciones hacia su persona son fieles a su personalidad, como escritor de ficción me he permitido algunas licencias que nada tienen que ver con su verdadera personalidad. Por lo que el personaje de la novela no es realmente una descripción exacta de la persona en quien se basa.

Varios de los acontecimientos históricos narrados durante la trama son reales; sin embargo, los hechos que los relacionan entre sí son ficticios. Los personajes de Ismail y Catalina, así como el duque de Voltoreto y otros personajes relacionados con ellos, son totalmente ficticios, aunque se han utilizado datos reales sobre la expulsión de los moriscos y testimonios de aquella época para dar verosimilitud a su historia.

Así mismo, los momentos de la trama en los que aparecen personajes históricos reales —que por supuesto están ficcionados—, entremezclados con los hechos verdaderos de los que fueron partícipes, son ficticios o meras especulaciones a las que he llegado a través de la documentación examinada, así que es fruto de la imaginación, por lo que la correlación con la realidad de aquellos hechos sería pura casualidad.

En último lugar, quisiera indicar que esta novela no pretende dar a conocer estrictamente la historia concerniente a los periodos en los que transcurre la parte *histórica* de la trama, entre otros motivos porque no soy historiador. Así que, el verdadero historiador o incluso el aficionado a la historia, podrá encontrar inverosimilitudes a lo largo de la trama en

la que se hace referencia al siglo XVII. A pesar de que ha habido un trabajo de documentación previo, para mí ha prevalecido la voluntad de escribir una novela de ficción para el entretenimiento del lector, a través de la intriga, tomándome para ello ciertas licencias literarias a la hora de describir los sucesos —que serían, ciertamente, muy discutibles desde el punto de vista historiográfico—, todo ello partiendo de uno de los episodios creo que menos contados, o más relegados a un segundo plano, de la historia de España; un episodio que, a veces, parece que algunos se empeñen en querer repetir en el siglo XXI, a través del mismo discurso repetido de aversión que solo tiene como fin el estimular repulsa ante toda pluralidad religiosa, cultural o incluso racial, que es lo que llevó a la España de aquel entonces a tal situación.

PRIMERA PARTE

—No le faltan a España enemigos que combatir y vencer; y no son ciertamente los moriscos los mayores enemigos que ahora tenemos.

«OMM-AL-KIRAM o La expulsión de los moriscos»
Leyenda histórica de Vicente Boix.

PRÓLOGO

Madrid, 1622.

Se recorrieron las grandes cortinas de aquel lujoso palacio.

—Buenos días, señora —dijo una joven sirvienta.

Otra sirvienta entró en la alcoba, tras dar unos suaves golpes en la puerta. Llevaba en sus brazos un hermoso bebé, que no cesaba en su llanto.

—Buenos días, señora. Aquí le traigo a su hijo, hoy parece tener mucha hambre.

Catalina, se incorporó en la cama, la sirvienta colocó al niño entre sus brazos. Comenzó a amamantar a su bebé; se había negado a que una nodriza se ocupara de amantar a su hijo, como era normal en familias de su posición.

Mientras el niño saciaba su apetito, Catalina conversaba con sus sirvientas.

—Hoy hace un día precioso, su esposo ha salido al alba a cazar. Me ha ordenado comunicarle que deseaba que se pusiera su mejor vestido con sus mejores joyas. Pues vendrá un pintor a realizar un retrato de vos y vuestro hijo, como regalo por su primer año.

Catalina suspiró y miró a su pequeño.

—¿Y cómo se llama ese pintor?

—Velázquez.

—¿Quién dices? —preguntó Catalina.

—Diego Velázquez —respondió la sirvienta.

—Vaya, no sé quién es.

—Al parecer, es un pintor sevillano que no lleva mucho tiempo en Madrid, pero que se está dando a conocer mucho entre la nobleza y grandes personajes de la Corte.

1

Vinaròs, un año antes.

Las puertas correderas del hospital se abrieron. Salió a paso ligero. Cruzó entre las plazas de aparcamiento. Sacó las llaves de su coche y pulsó el botón del mando a distancia. El parpadeo de las luces intermitentes le indicó que la cerradura de las puertas del vehículo se había desbloqueado. Abrió bruscamente la puerta y se internó en el vehículo, luego cerró de un portazo.

Notó como todo su cuerpo se tensaba. Lanzó un grito ahogado, seguido de un puñetazo contra el retrovisor interior, el cual saltó por los aires, quedándose solo un fragmento de él enganchado al interior del parabrisas. Apoyó sus manos en el volante y, acto seguido, rompió a llorar. Desde que saliera de aquella habitación de hospital había intentado reprimir sus lágrimas, ya no podía aguantar más; su padre acababa de morir. Levantó la mirada, con los ojos irritados, viendo la fachada blanca del hospital. Se pasó la manga de la camisa por los ojos para secarse las lágrimas. Metió la llave en el contacto y, girándola ligeramente, puso en marcha el motor. Recordó aquellos días anteriores, junto a su padre en aquella típica habitación de hospital, y lo que este le contó. Decidió que cumpliría

la palabra que le había dado. Llevaría a cabo la venganza que su familia tanto tiempo había esperado.

* * * *

Vinaròs, cuarenta días antes. Sábado de Carnaval.

En la calle Mayor de Vinaròs se encontraba una pequeña tienda de antigüedades, llevada por Andrés Taída Lasala y aunque el nombre no era muy original «Antigüedades Taída», si era muy conocida, no solo en la población en la que se encontraba, sino, también por varios coleccionistas de todo el país.

Andrés Taída nunca pretendió que su tienda tuviera el renombre que tenía, simplemente años después de la muerte de sus padres, decidió reabrir el negocio de su padre, eso sí, con la inestimable ayuda de su tío, Joaquín Lasala*, el hermano de su madre; el cual nunca trabajo en la tienda, pues tenía ya un trabajo que le llenaba espiritualmente, fue sacerdote durante muchos años. Andrés, pese a haber estudiado Historia del Arte y haber empezado, aunque nunca lo terminó, Arqueología, había decidido centrarse en volver a abrir la tienda de su padre; sin embargo, lo que en principio había empezado tal como era el negocio de su progenitor, con simples antigüedades, algunos relojes de cuco, algún jarrón y armarios viejos —que tocaba restaurar antes de vender—, se había convertido gracias a las amistades de Andrés en su época universitaria en algo más; cuadros valiosísimos, estatuas de varios siglos de antigüedad, objetos extraños de gran valor. Y, últimamente, el negocio había ido a más cuando su novia, Laura, le propuso crear una página web para darse a conocer a los usuarios de Internet.

*Personaje de la novela “El secreto de la Misericordia”

La puerta de la tienda se abrió y entró un hombre, llevaba una especie de libro bajo el brazo que a Andrés no le pasó desapercibido, se veía por sus tapas que tenía varios siglos, aunque estaba, a simple vista, bastante bien conservado. Pese a que el libro estaba cerrado, se podía intuir, por el lateral, el color amarillento del papel por el paso del tiempo.

—Buenos días —dijo aquel hombre.

—Buenos días, ¿qué desea? —preguntó Andrés, aunque era seguro que algo tenía que ver con aquel libro.

—Verá, mi nombre es Alberto Escobar —dijo, dejando el libro sobre el mostrador—, y desde hace años, bueno siglos, mi familia ha sido dueña de esto —aseguró señalando el tomo.

—¿Puedo?

—Por supuesto —contestó, indicando con una seña de la mano que podía ojear el libro.

Abrió el libro por la mitad, estaba escrito a mano, aunque en un castellano que ya no estaba en uso, por lo que Andrés dedujo más o menos la antigüedad del libro, el cual parecía una especie de diario.

—Perteneció a una mujer —dijo Andrés—, allá por los siglos XVI o XVII.

—Concretamente —el hombre cerró el libro y lo volvió a abrir por una de las primeras páginas—, se empezó a escribir en el año 1608 —dijo señalando la fecha que constaba en aquella página.

Andrés asintió al leer la fecha que aquel hombre le indicaba con el dedo, aunque sin apoyarlo en el delicado papel.

—Y dígame —inquirió Andrés—, ¿ha venido para...?

Andrés no pudo terminar la frase debido a la interrupción de Alberto Escobar.

—Lo que deseo no es venderlo, sino que lo guarde.

Andrés se mostraba atónito.

—¿Qué lo guarde?

—Así es. Verá vengo recomendado por un amigo que me ha dicho que es usted de fiar.

—¿A quién se refiere?

—Bueno, no sé si debería decirlo, me ha advertido que, aunque él a usted lo tiene en gran estima, usted parece que no acaba de... ya sabe.

Andrés ladeó la cabeza intentando interpretar las palabras de aquel hombre.

—No sé a quién se refiere.

—Bueno, mire... se lo voy a decir —el hombre tomó aire, miró de un lado a otro, como si intentase comprobar que nadie más podía oírlos, y se inclinó ligeramente hacia delante—, se trata de Federico Guzmán.

Andrés esbozó una sonrisa.

—Pues sí, parece que le ha advertido bien... —añadió—; sin embargo, por experiencia sé que si le envía Guzmán no se trata solo de guardárselo, sino que hay algo más.

Alberto Escobar miró fijamente a Andrés, carraspeó y comenzó a discursear en torno a su relación con Guzmán, sin embargo, no le aclaró a Andrés el verdadero motivo por el que le hacía la petición de guardar aquel diario y mucho menos por qué le indicaba lo que debía hacer con el diario en el caso de un desafortunado supuesto.

No obstante, ante el dinero ofrecido, Andrés Taída aceptó el encargo.

—Recuerde —le dijo Alberto Escobar—, solo en ese caso, en ningún otro por mucho que usted lo crea oportuno.

* * * *

Aquella semana era una de las semanas más importantes de la ciudad, pues se celebraba el Carnaval; y aunque no tenía el renombre de los carnavales de Tenerife, nada tenía que envidiar a éstos. Se trataba de una intensa semana de fiesta en la ciudad de Vinaròs; muchas empresas incluso guardaban días de vacaciones para que sus empleados disfrutasen de una de las fiestas más locas de la ciudad. Habían empezado el viernes anterior con la llegada del rey *Carnestoltes* y continuado el sábado con la presentación de las Reinas del Carnaval, donde iban desfilando sobre el escenario cada una de las ellas con el llamativo traje que iban a lucir a la semana siguiente en los desfiles, luego cada día de la semana había una fiesta distinta cada noche; entre las que destacaban «La noche del pijama», el jueves, y «La noche loca», el viernes. Casi sin darse cuenta, la ciudad había llegado al fin de semana de los desfiles. Como todos los años aquel sábado se agrupó una gran multitud de gente por todas las calles del recorrido para ver los desfiles, que, también como cada año, comenzaron con unos minutos de retraso.

Aquel año el circuito era cerrado, lo cual significaba que cada carroza debía llegar al mismo punto del que habían par-

tido para dar por finalizado el desfile, que duraba unas cuantas horas, ello garantizaba que toda la gente, estuviese en la calle que fuese, verían el desfile en la misma franja horaria.

En una de las carrozas se encontraba Claudia Escobar, una joven de cabello moreno, largo y liso, que le llegaba por debajo de la cintura, y que aquel año era la reina de una de las muchas comparsas que desfilaban. Como era gran fan del género manga la comparsa había decidido hacer sus disfraces con una temática semejante, con lo que estaba encantada de representar ese año a su comparsa. Además del vestido, que era poco más que un maillot, adornado con diversos complementos y una larga cola, que le daban aspecto de estar sacado de un dibujo animado futurista, y que dejaba sus piernas al descubierto, llevaba en los ojos unas lentillas de fantasía negras que le conformaban la mirada como la de uno de los personajes manga que tanto le gustaban.

La música que salía de los altavoces, que estaban incorporados en la carroza, ayudaba a que Claudia, a pesar de que llevaba más de una hora bailando, continuase sin notar cansancio. De repente se paró, alzó su mano y saludó al hombre que la contemplaba desde la acera, se trataba de su padre.

Desde el otro lado, un miembro de la comparsa se acercó para ofrecerle una bebida, Claudia aceptó el vaso que aquel compañero le ofrecía. Cuando volvió a mirar hacia donde estaba su padre, este había desaparecido, miró a un lado y a otro, pero no vio ningún rastro de él.

Claudia continuó bailando, sin embargo, ya no ponía el mismo énfasis en sus sensuales movimientos, el que su padre

no se encontrase en el mismo sitio cuando volvió a mirar la había dejado preocupada para lo que quedase de desfile.

Tras el desfile, Claudia ya no vio a su padre en toda la noche, y en su mente solo había cabida para un pensamiento: «*Algo le ha ocurrido*».

Sabía que no era normal que se hubiera ido tan rápido del desfile, y mucho menos siendo ella una de las Reinas del Carnaval. Al principio se preocupó, sin embargo, simplemente pensó que se había encontrado mal y se había ido; pero al llegar a casa, se había percatado que allí tampoco estaba. «*Tal vez* —pensó— *esté en casa de mis tíos*». Pero cuando se dio cuenta de que eran las dos de la madrugada y aún no había vuelto llamó a su primo, para saber si estaba con sus padres; le dijo que ni él ni sus padres no lo habían visto en todo el día; posteriormente, y con el corazón compungido por la incertidumbre, llamó a la policía, pero solo recibió una respuesta:

—Tranquila —le dijo aquel hombre con voz parsimoniosa—. Son carnavales, seguro que se está tomando una copa con algún amigo.

Claudia no durmió en toda la noche. Cuando el nuevo día amaneció su padre aún no había vuelto a casa. En ese momento ya no tenía ninguna duda, «*Le ha ocurrido algo grave, de lo contrario ya estaría aquí*».

Esa mañana, sin ni siquiera desayunar, Claudia acudió al cuartel de la Guardia Civil a denunciar la desaparición de su padre. Se declaró a Alberto Escobar oficialmente como des-

aparecido. Aquel domingo su comparsa decidió no participar en el segundo desfile de Carnaval por deferencia hacia ella.

Los días posteriores fueron demasiado crudos para ella, su padre definitivamente había desaparecido y parecía que la Guardia Civil no tenía ningún hilo del que tirar, por lo que le advirtieron que era posible que, la de su padre, quedase como una de tantas desapariciones sin esclarecer que ocurrían cada año; también comentaron, y así lo hicieron público en los medios de comunicación, que no podían descartar que se tratase de una desaparición voluntaria, pues parecía imposible que si, la última vez que Claudia vio a su padre, estaba entre la gente que veía el desfile de carnaval desapareciera sin más, sin que se reflejase ningún tipo de altercado violento entre el gentío, pues si hubiese sido secuestrado contra su voluntad delante —o al lado— de tantos posibles —y potenciales— testigos que presenciaban el desfile alguien se hubiese tenido que dar cuenta.

* * * *

Vinaròs; en la actualidad. Viernes.

Eran las siete de la mañana, la rutina de la ciudad daba comienzo a su día a día. Los bares abrían sus puertas, unas cuantas personas salían a dar el primer paseo del día a sus mascotas aprovechando el tiempo que les quedaba antes de ir a sus respectivos trabajos.

Como todos los días, Florin llegaba a la plaza Hort dels Escribano para limpiar la zona y los dos parques infantiles que había, uno a cada extremo. Florín había llegado a España diez

años antes, junto a sus padres, cuya intención en un principio era la de trabajar, ahorrar y volver a su país. Sin embargo, como muchos inmigrantes, acabaron por establecer su residencia permanente y su trabajo en España.

Florin había entrado a trabajar en la brigada municipal de limpieza de Vinaròs hacía dos años, poco después de cumplir los veinte años. Antes de eso, había estado trabajando, como tantos otros, precariamente recogiendo naranjas, un trabajo bastante inestable que dependía especialmente de cada temporada; producción y demanda de trabajadores que hubiese.

Tras limpiar la parte de la plaza más cercana a la calle Lluís Santa Pau, Florin fue limpiando por dentro del parque de los más pequeños. De lejos, le pareció ver algo extraño en mitad de la plaza, algo que se desdibujaba tras el árbol.

Se fue acercando, creyendo que se trataba de alguna bolsa grande o trozo de plástico que se había quedado enganchada en el arco de piedra debido al fuerte viento que había hecho la noche anterior. Cuando llegó se quedó sin aliento, se llevó las manos a la boca con intención de acallar un grito ahogado. La visión que tenía enfrente le horrorizó de tal manera que se quedó inmóvil durante varios segundos sin saber cómo reaccionar. Cuando por fin se recobró de la sensación que recorrió todo su ser ante aquella grotesca imagen, cogió su teléfono móvil y llamó a la policía municipal.

Al poco rato de presentarse los municipales, éstos habían llamado a la Guardia Civil, que se había personado en el lugar de los hechos hacía pocos minutos.

Aquel arco de piedra había pertenecido a la portalada de la antigua casa de la comanda que la Orden de Montesa tenía en Vinaròs y había sido colocado en aquel emplazamiento en 2009.

El cadáver estaba con los brazos en cruz, sobre la piedra, atados a cada extremo del arco, sus pies permanecían elevados a unos centímetros sobre el suelo.

En muy pocos minutos se acordonó la zona, los vecinos del edificio que había sobre la biblioteca, y que daba a la misma plaza, unos metros más allá del arco comenzaron a asomarse.

En el otro lado, en la parte de enfrente, a una altura entre la biblioteca y el arco de piedra en el que había aparecido el cadáver, el dueño del bar Moustache llegaba en ese momento para abrir su establecimiento, al ver toda la gente arremolinada alrededor del arco de piedra, aunque a una distancia prudencial de este al estar acordonado y al hecho de que varios agentes impedían que los curiosos se acercasen más al lugar de los hechos, se acercó con paso prudencial. En ese mismo momento vio el cadáver en el suelo, hacía poco que lo habían descolgado y comenzaban a cubrirlo, sin embargo, logró verle el rostro. «*Dios mío*», pensó al tiempo que cerraba con fuerza los ojos para eliminar de su mente la imagen del rigoroso rostro de uno de sus clientes que, aunque no era de los más habituales si había tomado algún que otro café en su bar.

Hasta que llegó el juez, se procedió al levantamiento del cadáver y se terminaron todos los movimientos policiales por la zona, prácticamente había pasado toda la ma-

ñana. El lugar de los hechos quedó provisionalmente precintado por la policía, sin embargo, se permitió el acceso a las dos zonas infantiles, ubicadas cada una a un extremo de la plaza, así como se permitió al Moustache que pudiese montar las mesas de la terraza en su sitio habitual; pegadas en el lateral de su fachada, dónde la zona, aunque alejada del arco de piedra, ya había sido registrada en busca de posibles pruebas.

Aquella era una de las peores situaciones a las que el capitán de la Guardia Civil de Vinaròs, José Manuel Ramírez, se tenía que enfrentar; llamar a la familia de alguien para comunicarles su fallecimiento y más todavía cuando se trataba, como aquel era el caso, de un asesinato. Cogió el auricular del teléfono y descolgó.

—Que pase la hija —solo dijo eso, luego volvió a colgar.

Ramírez se frotó la barbilla con los dedos, aquel no era un simple homicidio o asesinato y estaba seguro que el que hubieran encontrado el cuerpo en plena Semana Santa no era casualidad; no después de haber visto el cadáver.

Aquella tarde daría una rueda de prensa, pero primero creía conveniente que la hija conociera todos los detalles del crimen.

Sonaron tres suaves golpes en la puerta, luego uno de los agentes de la Guardia Civil abrió la puerta desde el otro lado e indicó a la chica que lo seguía que entrase.

—Siéntese —le indicó Ramírez con un ademán.

—¿Han encontrado ya a mi padre? —preguntó ella, angustiada.

Desde el domingo de Carnaval había estado llamando todos los días al cuartel de la Guardia Civil con la misma pregunta «¿Han encontrado ya a mi padre?» y siempre obtenía la misma respuesta «Lo sentimos, pero aún no sabemos nada». Sin embargo, esta vez la respuesta iba a ser diferente; aunque, seguramente, Claudia hubiera preferido la de siempre.

2

Vinaròs, en la actualidad. Viernes de Dolores.

Andrés Taída cerró el libro que estaba leyendo cuando oyó la campanilla de la puerta al abrirse, levantó la mirada y vio que «Antigüedades Taída» recibía la visita de uno de sus mejores clientes; Eugenio Carbonell, director de la Caixa Rural de Vinaròs. Lo guardó en el estante que tenía debajo del mostrador y saludo a su cliente.

—Buenos días —dijo Andrés Taída.

—¿Y bien? —preguntó Carbonell, sin ni siquiera saludar—, ¿ha llegado mi encargo?

—Llegó hace unos días —dijo Andrés desapareciendo por la trastienda.

Salió de la trastienda con un cuadro de metro por metro; se trataba de un cuadro pintado en el siglo XVII.

—Lo he desembalado para que lo vieras —dijo Andrés—, luego te lo volveré a embalar.

—¿Cuánto? —preguntó Carbonell.

—Ha sido bastante difícil, su anterior dueño parecía reacio a desprenderse de él, por lo que he tenido que hacerle una oferta bastante elevada...

—¿Cuánto? —volvió a preguntar Carbonell, en su tono de voz se denotaba cierta impaciencia.

—Cuatro mil euros —respondió Andrés.

El precio de un cuadro del siglo XVII, por supuesto, hubiera sido mucho más elevado de haber sido conocido o de haber sido pintado por un ilustre pintor. Sin embargo, aquel cuadro, como muchos de los que compraba Carbonell carecían de valor, por el mero hecho de ser obras desconocidas que llegaban a las manos de Taída por diferentes vías; la más común era que alguien, por motivos económicos, quisiera desprenderse de algún cuadro que había pertenecido a su familia, sin ni siquiera conocer la historia de dicho cuadro. Pese a ello, Andrés no tenía intención de aprovecharse de aquel vendedor, le informaba sobre el cuadro y una vez se ponían de acuerdo con el precio, se efectuaba la transacción. Eran siempre cuadros de los que el propietario no podía pedir una excesiva suma de dinero pues no tenían el valor de un cuadro conocido y nadie les pagaría más de lo que Taída les ofrecía. Andrés solía comprar el cuadro por encima de su valor real. Pues sabía que Carbonell lo compraría le pidiese lo que le pidiese. A Eugenio Carbonell le gustaba presumir de la colección de cuadros que tenía en su casa, pertenecientes al siglo de oro. Sin embargo, su economía, aunque bastante elevada, no le permitía el placer de comprar cuadros altamente conocidos y que le costarían miles de euros. Comprando cuadros pintados, presuntamente, por algún *don nadie* del siglo de oro saciaba su vanidad. Pues les enseñaba su colección a sus amigos y conocidos, presumiendo de haber adquirido un nuevo cuadro. Aunque eso sí, nunca hablaba de sus precios, y si lo hacía exageraba enormemente su valor, para que

éstos cayeran impresionados a sus pies. Sin embargo, esta vez no era como tantas otras, Carbonell había tenido un especial interés en aquella obra en particular, aunque Andrés lo había achacado a que hubiese visto el cuadro en alguna exposición local a la que su dueño lo hubiese cedido, algo que ocurría con frecuencia, pues la falta de fondos evitaban que muchos ayuntamientos o instituciones a nivel local pudiesen organizar una exposición a gran escala, salvo por la ayuda de vecinos que o bien se dedicaban al arte, en la mayoría de ocasiones no de forma profesional, o que tenían en sus casas pequeñas obras de arte que habían ido pasando de generación en generación. No obstante, no era así como Carbonell había tenido constancia de la existencia de aquella pintura ni de a quién pertenecía, habían sido otros los motivos que hicieron que Carbonell tuviera conocimiento del verdadero valor que aquel lienzo tenía; por suerte para él, Taída no se había percatado de que realmente aquel cuadro formaba parte de algo mayor y que su valor tanto económico como histórico no eran los que creía el anterior propietario del cuadro, ni mucho menos el que Carbonell le había hecho creer a Taída, sino que era mucho mayor.

Media hora más tarde, Carbonell llegaba a su casa con el cuadro, le quitó el envoltorio y lo observó, «*Por fin*». Aquel cuadro para Carbonell era mucho más de lo que a simple vista parecía, lo conocía desde hacía tiempo, sin embargo, le había costado mucho tiempo dar con su propietario actual. Por no decir que cuando él mismo se presentó en aquella casa para hacer una oferta por el cuadro aquel hombre se había negado. «Sé quién eres y lo que quieres, así que vuelve por donde has

venido», le había dicho, pese a no saber el verdadero valor del cuadro. Por suerte Taída tenía contactos que se movían por los círculos del arte y la historia y que le había facilitado la adquisición del cuadro para un cliente anónimo; que no era ni más ni menos que el mismo que había intentado comprar el cuadro uno meses antes, es decir, el propio Carbonell.

Como bien sabía Carbonell, aquel lienzo escondía algo más, tal como había descubierto tiempo atrás. En ese momento, comenzó a rememorar cuándo y cómo supo de la existencia de ese cuadro.

Unos meses antes, le comunicaron la muerte del hermano de su abuelo que residía en Morella, era el único miembro de la familia paterna que le quedaba, sus abuelos hacía tiempo que habían fallecido, siendo él todavía joven, y su padre, que era hijo único, había fallecido no hacía mucho, tras diagnosticarle una grave y ya avanzada enfermedad degenerativa.

Su tío abuelo tenía en aquel momento 92 años, era el hermano pequeño de tres hermanos y el único que seguía con vida debido a que la diferencia de edad con su hermano más próximo era de 20 años. El hermano mayor era el abuelo de Carbonell que se llevaba con su hermano pequeño 25 años. Cuando el abuelo de Carbonell tenía 15 años, su padre enviudó y se volvió a casar unos años después, de cuyo segundo matrimonio nació Armando.

Armando no había formado nunca una familia, se le conocía como una persona más bien huraña y con muchas manías, por lo que no era extraño, sin embargo, no era ese el verdadero motivo de que no se hubiese casado, tenido una familia, o que ni siquiera

se le hubiese conocido jamás relación sentimental alguna; el motivo se debía principalmente a que nunca se sintió atraído por las mujeres, sino por los hombres, pero en su juventud reinaba una sociedad en la que sus orientaciones sexuales estaban mal vistas e incluso se creía, por las instituciones psiquiátricas con el pensamiento más retrogrado, producto de una enfermedad mental. Nada más lejos de la realidad, sin embargo, ¿qué hacer cuando esa era la creencia popular en un mundo cuya sociedad en lugar de avanzar parecía ir en retroceso? Con lo que, tras intentar como muchos tomar el mundo del sacerdocio, para justificar así la ausencia de una familia supuestamente tradicional en su vida, y comprobar a los pocos meses en el seminario que la vida eclesiástica no era lo suyo, decidió recluirse en su mayor pasión, la lectura de libros antiguos. Apenas salía de su casa y por supuesto evitaba el relacionarse en sociedad, temía el rechazo si alguien intuía sus verdaderos sentimientos e incluso temía el poderse enamorar de algún hombre que no le correspondiera o que incluso le llegase a denunciar por ello, algo que parecía ser habitual en los tiempos de su juventud. Así que, poco a poco, se fue creando aquella fama de ermitaño enclaustrado en su propia casa.

Pese a que el segundo hermano de su abuelo, tenía hijos y nietos parece ser que éstos no se llevaban demasiado bien con Armando. La verdad es que hasta que no murió su abuelo, el padre de Eugenio Carbonell tampoco había tenido una gran relación con su tío, sin embargo, a partir de entonces comenzó a visitarlo con asiduidad, y con el paso del tiempo se llevaba consigo a su hijo en aquellas visitas, en principio llenas de eru-

dición y que al joven Eugenio poco le importaban, pues nada entendía de ellas; nada hasta que llegó a una edad en la que comenzó a participar de los conocimientos adquiridos por su padre y su tío abuelo.

Unos días después del entierro de su tío abuelo, Eugenio Carbonell acudió a la lectura del testamento, por supuesto, al ser el único familiar con el que mantenía algún tipo de relación Armando le legó su casa y todo lo que en ella había. Lo que no esperaba era que le indicasen que, además su tío, había dejado un sobre para que se lo entregasen como parte de la herencia. Carbonell abrió el sobre y leyó la única frase, escrita a mano, que había en la hoja de papel de su interior:

Tratado de lienzos desaparecidos en el incendio del Real Alcázar; encuadernación en piel. Buscar la referencia al año 1627 y las iniciales D. V. acompañadas de las siglas EM.

Sabiendo como sabía que la gran pasión de su tío abuelo eran los libros antiguos, no dudo ni un instante, por fuerza tenía que referirse a alguno de los libros que tenía almacenados en su casa. La pregunta era ¿por qué? «*Quizá haya dinero guardado en el interior de ese libro*», sabía que había personas mayores que tenían esa costumbre, era una forma de conservarlo si alguien entraba en sus casas a robar, sí era posible, el carácter huraño de Armando parecía confirmarlo. Sin embargo, la fecha, 1627, le llamó desde un principio la atención, pues pudiese ser

que tuviese relación con aquel relato que no lograba sacar de su mente desde hacía tiempo.

Sin dudarlo, se encaminó hacia aquella casa recién heredada, resuelto a buscar entre aquella caterva de libros, que su tío abuelo había conservado con tanto recelo, alguno con esa referencia.

Lo cierto es que, ante el sinnúmero de libros que se acumulaban en la vivienda del fallecido, Carbonell tardó tres días en encontrar lo que buscaba, los libros se amontonaban no solo en las estanterías, sino en pilas sobre el suelo, por el pasillo había que pasar de lado para no darse de bruces con el amontonamiento de tomos antiguos, e incluso en una de las habitaciones había que sacar las primeras pilas para acceder a los volúmenes que había más al fondo.

Al fin lo encontró; estaba seguro de que su tío abuelo le había dejado la referencia a aquel libro porque quería que lo encontrase. Tras ojear varias páginas, encontró una página en la que aparecía, como en las demás, un boceto y descripción de uno de los lienzos que según el libro había desaparecido, y que era uno de los que se hacía referencia a 1627 como el año en que se pintó, las iniciales del pintor coincidían con las iniciales D. V. y el motivo de la pintura bien podría relacionarse con las siglas E.M. En el borde de la página había una anotación escrita con lápiz, reconoció la letra de Armando. Entonces supo por qué su tío le había legado aquel conocimiento.

—Así que de eso se trata todo —dijo para sí mismo, aunque en voz alta.

3

Vinaròs, en la actualidad. Viernes de Dolores.

Hacía rato que se había servido un whisky, el tercero ya. Llevaba toda la tarde nervioso y no sabía ni siquiera el porqué. Miró por la ventana, tensó los músculos y tiró el vaso contra la pared con rabia. El vaso estalló en pedazos, salpicando el suelo de la habitación con diminutos fragmentos de cristal.

«*Lo he hecho* —pensó—. *Lo he hecho*».

En ese momento rompió a llorar.

Nunca se hubiese imaginado ser capaz de lo que había hecho. Ahora sabía que no podría detenerse hasta llegar a final.

* * * *

Apagó la radio, solía escucharla cada día, le ayudaba a que el tiempo que pasaba entre que entraba un cliente y otro transcurriese más ameno. Acababa de oír una noticia que habían dado referente a un suceso ocurrido en Vinaròs. Habían encontrado un cadáver esa misma mañana, muy cerca del camino que el utilizaba para ir a su tienda. La calle Carrero estaba prácticamente paralela a la plaza Hort dels Escribano, un camino que, a veces,

realizaba para cambiar su ruta habitual al trabajo, aunque, para él, era un poco más largo, pues tenía que dar la vuelta al edificio del colegio de la Misericordia. Pero no fue lo cerca que pasó de donde se halló el cuerpo o las probabilidades que había de que ese día hubiese pasado por ahí, como hacía algún que otro día, lo que le había llamado la atención era el nombre de la víctima.

Entró en la trastienda, abrió una pequeña caja de seguridad y miró el libro manuscrito que había en su interior. El mismo que semanas antes le había entregado el fallecido. Andrés Taída se frotó la barbilla, pensativo, por su mente pasó un fugaz planteamiento, cuando se cruzaron la imagen de aquel diario, el nombre de Federico Guzmán, al que había prometido llamar y entregarle el diario si algo realmente trágico le ocurría a su legítimo dueño, como así había sido. Meneó la cabeza varias veces para sacudirse aquella breve reflexión «*No puede ser* —se dijo—, *no creo que pueda ser...*».

En ese momento decidió que leería parte de aquella especie de diario antes de llamar a Guzmán, quería salir de dudas.

* * * *

Claudia llegó a su casa, había estado todo el camino, desde de que saliera del cuartel de la Guardia Civil, intentando reprimir, aunque sin conseguirlo del todo, las lágrimas que anhelaban brotar de sus ojos. Al llegar a casa comenzó a llorar desconsoladamente. Su ánimo estaba desolado, se acuclilló apoyando las manos en el suelo, al sentir el temblor en sus piernas y un súbito mareo; las lágrimas comenzaron a desli-

zarse hasta su boca y mezclarse con la baba que caía hasta el suelo. Sus llantos comenzaron a impedirle respirar con normalidad y a provocarle nauseas; vomitó en el suelo, no podía ni siquiera levantarse para ir al baño. El vómito hizo que se sintiera en parte aliviada, seguía llorando, pero ya no notaba la mucosidad que le provocaba las náuseas, aun así, le seguía costando respirar. Se recostó sobre el suelo, a solo un metro de su propio vómito, se acurrucó sobre sí misma en posición fetal mientras seguía sollozando y, al cabo de un rato, se durmió presa de su aflicción.

* * * *

Todos le miraban mientras corría hacia el despacho del obispo. Entró sin ni siquiera llamar a la puerta. El obispo le miró con aire desafiante, sin embargo, aquel sacerdote que se había atrevido a interrumpirle comenzó a hablar tan pronto como tomó un poco de aliento.

—¡Lo han encontrado! —exclamó el joven sacerdote.

—¿Han encontrado el qué..., a quién? Un momento —dijo de golpe el obispo—, no te estarás refiriendo a...

El joven sacerdote asintió, estaba exhausto por la carrera que había protagonizado minutos antes por los pasillos y le costaba pronunciar las palabras.

—Y dime... ¿dónde está? —preguntó el obispo.

—Muerto —respondió el joven sacerdote—, está muerto.

* * * *

El capitán Ramírez suspiró. Hacía solo un momento que se habían llevado el cadáver de Alberto Escobar a Castellón para realizarle la autopsia. Al día siguiente, el cadáver se pondría a disposición de la familia para que pudiesen celebrar su funeral; así se lo había comunicado a Claudia, quien había expresado su deseo de enterrarlo lo más pronto posible.

—No se preocupe —le había dicho, tras salir de identificar el cadáver de su padre—, esta tarde se realizará la autopsia y mañana por la mañana volverán a traer... —vaciló, pues a punto estuvo de decir «el cadáver», por suerte cambió a tiempo sus palabras— a su padre. Podrá enterrarlo a partir de mañana por la tarde si lo desea.

—Gracias —respondió Claudia, intentando mantener una aparente compostura ante aquel miembro de la Guardia Civil—, entonces lo prepararé todo para que mañana se pueda realizar el funeral.

Ramírez sabía que tras aquella fachada de serenidad que Claudia se esforzaba por sobrellevar, había una chica que en cualquier momento se derrumbaría, quizá no delante de él, quizá ni siquiera mientras alguien pudiera verla, pues sabía por experiencia que las personas prefieren demostrar su desconsuelo apartadas de los ojos indiscretos, aunque el tiempo que transcurra entremedias alimente esa desazón. Ahora se preguntaba si estaría bien, si tal vez la angustia de perder a su padre había erupcionado al llegar a casa, pues sabía que vivía sola y que el duelo es siempre más difícil de llevar en soledad. Siempre había sido una persona con una gran empatía, pese a que su trabajo le obligaba a encerrar en sí mismo esa parte de

su ser, pero cuando le tenía que dar la noticia a alguien sobre la muerte de un familiar siempre terminaba con un sentimiento amargo en su interior que le compelía a ponerse en la piel y, sobre todo, en las emociones de quienes habían perdido un ser allegado, a comprender y lamentar su desgarrador trance.

4

Morella, 1608.

Debían tener cuidado, pues su amor no estaría bien visto por la gente, ni siquiera por Dios; ni por el Dios de él, ni por el de ella; pues no rezaban al mismo Dios. Y, sin embargo, ello no impedía que se amasen con todo el sentimiento que su alma les permitía; pues su alma y su corazón no pertenecían a ningún Dios, sino que pertenecían al otro, fusionándolas en un único y verdadero amor.

Recordaban cómo se habían conocido un año antes. Cuando se vieron, sus miradas se cruzaron, y desde lo más profundo de sus entrañas un escalofrío, que no sabrían describir, recorrió sus cuerpos. Sin embargo, en ese momento apartaron la mirada el uno del otro tan rápido como pudieron, desde muy jóvenes les habían enseñado que aquel era un amor prohibido, como iban a enamorarse una cristiana y un morisco, sobre todo uno que pese a estar bautizado en la fe cristiana, continuaba rindiendo culto a Alá y siguiendo la doctrina de Mahoma, como lo llevaba haciendo toda su familia desde un siglo antes, cuando supuestamente habían adop-

tado la fe católica, como tantos otros musulmanes, solamente para no ser exiliados de la península.

Ahora no les quedaba más remedio que verse a escondidas, dando cualquier excusa a sus respectivas familias para poder salir a la calle y poder encontrarse en algún rincón por el que no pasase mucha gente.

—¿Qué haremos? —preguntó ella. Hacía unos días que se había enterado a través de un amigo de su padre venido de Madrid que en la Corte de Felipe III se estaba debatiendo la opción de decretar la expulsión de todos los moriscos.

Él la miró con pena, pero no supo que decirle, simplemente la besó.

5

Vinaròs, en la actualidad. Viernes de Dolores.

Laura Ribas acababa de colgar el teléfono, había estado casi media hora conversando con su hermano Jaime. Aún no podía creer que después de lo ocurrido hacía poco más de un año con el tema del Papa Luna* se hubiera ido a Francia «en busca de la línea sucesoria del Papa Luna», como le había dicho Jaime el día antes de irse.

En ese momento se oyó la puerta. Se dio la vuelta y vio que Andrés se acercaba a ella. La rodeó con sus brazos y le dio un apasionado beso, llevaban viviendo juntos desde que Jaime se fuese a Francia.

—¿Cómo ha ido el día? —preguntó ella.

—Bien, como siempre... —respondió Andrés—. Bueno hoy le he vendido un buen cuadro a Carbonell.

—¿Qué es eso que llevas ahí? —preguntó Laura, al fijarse en un pequeño libro que Andrés llevaba bajo el brazo.

—¿Esto?, un diario que trajeron a la tienda hace unas semanas para que lo guardase.

—¿Para guardarlo?

Andrés asintió.

*En la novela “El anillo perdido del Papa Luna”

—Me lo trajo un hombre a la tienda, luego me enteré por las noticias que había desaparecido.

—¿Quieres decir que se trata del hombre que desapareció durante los Carnavales?

—Así es.

—Y, ¿por qué no lo has devuelto a su familia?

—Me pidió que lo guardase. El tema está relacionado con Guzmán.

—¿Qué Guzmán? ¿Federico Guzmán?

—Exacto.

Laura lo miró unos segundos sin decir nada.

—No me digas que crees que la desaparición de ese hombre tiene algo que ver con Federico Guzmán.

—Todo es posible —comentó Andrés, mirando de reojo el diario que había dejado sobre la mesa.

—¡Ah, no! —exclamó Laura, al ver la cara de Andrés tras mirar el diario—. ¿No creerás que ese diario está relacionado con la desaparición de ese hombre?

Andrés encogió los hombros.

—Lo han encontrado muerto está mañana. Lo han dicho en la radio.

—No lo sabía —aclaró Laura—. No me había enterado, he estado muy ocupada y solo he tenido un hueco hace un momento para llamar a mi hermano, ni siquiera he encendido la tele ni la radio. ¿Se sabe qué ha ocurrido?

—¿Cómo está? —preguntó Andrés

—¿Quién?

—Tu hermano. ¿No has hablado con él hace un momento?

—Sí, perdona, como estábamos hablando del otro tema… Jaime está bien, bueno ya sabes, mientras no se meta en ningún lío —dijo sonriendo, con un tono de ironía—. ¿Y qué han dicho en la radio sobre el hombre que ha aparecido muerto? Estabas a punto de contármelo.

—Pues que debió ser secuestrado, han dicho que al parecer el cuerpo tenía signos de haber sido torturado durante su cautiverio. Según han dicho lo han encontrado colgado en el dintel de piedra que hay en el parque de detrás de la biblioteca. No sé nada más, la policía no ha querido dar declaraciones al tratarse de una investigación en curso.

Laura se llevó la mano a la boca como signo de estupefacción.

—Entonces —reflexionó ella—, ¿cómo saben que tenía signos de haber sido torturado?

—En las noticias han aclarado que se basaban en el testimonio de los vecinos que habían visto el cuerpo antes de que se lo llevasen.

—Supongo que la policía ya ha descartado que se tratase de una simple desaparición voluntaria y que se trataría de un secuestro y asesinato.

—Supongo —contestó Andrés—. Pero también podría ser que hubiese sido una desaparición voluntaria, que huyera de su asesino y que este lo encontrase.

—¿Por qué crees eso?

—No sé, no es que lo crea, pero sería una posibilidad. Cuando me entregó el diario me indicó que se iba una temporada y que cuando volviese pasaría a recogerlo, sin embargo, me

hizo prometerle que si le pasaba algo contactaría con Guzmán y se lo entregaría, pero solo si estaba convencido de que le había ocurrido algo y de que se trataba de una situación realmente extrema, y no antes.

—Entonces —añadió Laura—, en vez de a Guzmán, deberías entregar ese diario a la policía.

—¿Y qué harían con un diario escrito en el siglo XVII?

Laura se quedó de piedra, en todo momento había pensado que se trataba de una especie de diario escrito por el hombre al que había estado buscando la policía desde hacia semanas, hasta que apareció muerto esa misma mañana.

—¿Y qué vas a hacer?

Andrés se encogió de hombros, cogió su cartera que descansaba en la mesa y miró a Laura.

—Supongo —dijo sacando un pequeño papel de su cartera— que tendré que llamar a Guzmán.

—Crees que tiene algo que ver con la misteriosa sociedad a la que parece pertenecer Guzmán, ¿verdad?

—La verdad es que nunca se lo he preguntado, pero no hay que ser muy listo para interpretar que pertenece a una sociedad, hermandad, cofradía o como lo quieras llamar que se ocupa de que no se sepan viejos secretos que tienen que ver con la Iglesia.

—Los Trainiers —musitó Laura, evocando el recuerdo de lo vivido en Peñíscola*.

—Por ejemplo, o el supuesto tesoro escondido por la misteriosa Hermandad de la Misericordia**.

Taída se quedó pensativo, abstraído por el recuerdo de las dos situaciones vividas y en las que apareció Guzmán, en ambos

*En la novela “El anillo Perdido del Papa Luna”
**En la novela “El secreto de la Misericordia”

casos demasiado tarde, con información sobre ello que, para Andrés, al menos así lo creía, podrían haber evitado muchas muertes.

—Otro asesinato y parece que otra vez está, de alguna forma, relacionado con Federico Guzmán —apuntó Laura.

—El problema es que, si guarda alguna relación con este diario —dijo señalándolo—, yo también estaré sin pretenderlo en medio como las otras veces.

Los dos se miraron.

—Lo mejor será —dijo al fin Andrés— que llame a Guzmán, se lo dé y me olvide de ello.

—Pero no lo harás —apuntilló Laura—. Te conozco y no dejaras pasar la ocasión de saber si este diario tiene algo que ver y si, al tener relación con Guzmán, el asesinato se debe a algún misterio oculto en él.

Andrés se pasó la mano por el cogote, frotando con fuerza. Estaba en una difícil tesitura; por una parte, la razón le decía que llamase a Guzmán le entregase el diario y le dijese que no quería saber nada del tema; por otro lado, su curiosidad le invitaba a leer el diario y a intentar descubrir si tenía algo que ver con el asesinato o con algún tipo de secreto antes de entregárselo a Guzmán.

* * * *

Las imágenes de cómo habían encontrado el cadáver todavía fluían por su mente. «*¿Quién en su sano juicio haría algo así?*».

Cuando llegó a la escena del crimen, ante sus ojos se presentó aquella cruenta escena.

Los brazos de Alberto Escobar —estirados horizontalmente hacia los extremos— estaban atados al dintel de piedra que, colocado en la línea de impostas, cruzaba la luz entre las jambas, dos exteriores y una interior pegada a la de la izquierda que apuntalaba la piedra, al otro lado se internaba ligeramente en una muesca de una de las piedras que conformaban la jamba. Sobre ellas se situaban el salmer de cada lado y las primeras dovelas de los extremos del arco, al que le faltaban por lo menos una dovela a cada lado y la central, por lo que no se podía apreciar el intradós del mismo, cuya flecha seguramente había sido de medio punto. Todas las piezas de piedra que lo componían no estaban unidas con argamasa ni cemento, sino por unas bases de hierro, colocadas entre cada una de las piedras y soldadas a unas vigas de hierro que, con la misma forma del arco, reforzaban, por la parte de atrás, la estructura de la inacabada portalada de piedra. El cuerpo estaba suspendido, con las piernas estiradas verticalmente, unos centímetros del suelo, a primera vista parecía que lo habían crucificado.

La camisa que llevaba estaba rasgada. La ropa sucia y raída, además de por la descripción que dio Claudia en su momento, se denotaba que era la misma que llevaba el día de su desaparición.

El cuerpo estaba lleno de magulladuras y cortes. Lo cual indicaba, a falta de las conclusiones del forense, que posiblemente había sido torturado.

Lo más extraño era que parecía que —el asesino o asesinos— habían querido exhibir el cadáver por alguna razón.

El capitán Ramírez se levantó de su silla y volvió a mirar aquel recibo de una tienda de Vinaròs por valor de trescientos euros, había llegado el momento de hablar con Andrés Taída. En el recibo de entrega constaba la misma fecha en la que Alberto Escobar había desaparecido. Quizá Escobar le dijese algo a Taída antes de desaparecer que lanzase luz al caso. Para Ramírez, la lástima era que no hubiesen sabido de esa pista antes. Si bien era cierto que el recibo lo habían hallado esa misma mañana en uno de los bolsillos del pantalón de la víctima, le extrañaba que en su momento Taída no se hubiese presentado por su mismo pie a declarar que habían tenido contacto aquel día. Cabía la posibilidad de que Andrés no se hubiese enterado de la desaparición de Escobar; sin embargo, se había convertido en un caso bastante mediático, por lo que se entendería que quizá se hubiese enterado tarde de ello, pero no era muy factible que lo desconociera por completo. También se le pasó por la cabeza que Taída no asociase al desaparecido con aquel recibo simplemente por un caso de mala memoria, pero, conociéndolo como lo conocía, tras los acontecimientos posteriores a la muerte de su tío, lo dudaba; más teniendo en cuenta la repercusión que habían tenido algunas de las fotografías del fallecido en los medios de comunicación, tanto locales como nacionales. Por supuesto, aquello no indicaba que Taída hubiese intentado encubrir nada, Ramírez tenía eso bastante claro, pero debía hablar con él; aclarar si había alguna relación, aunque fuese de forma indirecta o por remota que fuese, entre aquel recibo

de Antigüedades Taída y el presunto secuestro de Escobar aquel mismo día. Además, el concepto del recibo era un tanto extraño. «Depósito libro manuscrito siglo XVII por 3 meses: 300 €». Seguido de la palabra «recibido», junto a la fecha en la que desapareció Escobar y su nombre.

Miró la hora en el reloj que colgaba de la pared de su despacho, se había hecho tarde, esperaría al lunes para llamar a Andrés Taída y pedirle que acudiese al cuartel a prestar declaración, para ver si podía esclarecer algún punto de la investigación con algún detalle por nimio que pareciese.

* * * *

Claudia se despertó, tosiendo, sin saber cuánto tiempo había transcurrido desde que se tumbó acurrucada en el suelo, se había dormido, pero no a causa de tener sueño, más bien pareciese que su cerebro había decidido disipar, aunque fuese de forma transitoria e insuficiente, su aflicción a través del descanso. Se levantó, notando su rostro acartonado, debido a las lágrimas que se habían resecado en sus mejillas. Sentía, además, el surco nasolabial irritado debido al ya coagulado moqueo que había acompañado su llanto. Miró a su derecha y vio en el suelo el mustio charco de vómito seco, ello le indicó que había estado bastante tiempo dormitando sobre el frío piso.

Se dirigió hacia el baño, abrió el grifo, puso sus manos en forma de cuenco bajo el agua y se la llevó a la cara, se frotó varias veces, agarró la toalla y se secó el rostro. Levantó su mirada hacia el espejo del baño; no se reconoció. Tenía el pelo enreda-

do, los ojos hinchados, debajo de ellos, se notaban unos surcos enrojecidos, y el surco subnasal inflamado, también le pareció notar que sus labios estaban abultados. «*Dios mío*», pensó.

Se fue al pequeño lavadero, en el que había el cesto de la ropa sucia, una lavadora y un armario escobero. Abrió el armario y sacó de él, un par de trapos viejos, un cubo y una fregona. Tras llenar el cubo con agua y ponerle un chorrito de friegasuelos, se fue de nuevo al comedor con la intención de recoger el vómito y fregar el suelo.

Cuando hubo terminado de limpiar, se dirigió a la cocina, no tenía hambre, sentía una opresión que le cerraba el estómago, pero se prepararía una infusión; una tila. En ese momento sonó el interfono. Se acercó a la puerta y descolgó el telefonillo.

—¿Sí? ¿quién es?

—Soy Jorge —dijo la voz de su primo.

—Sube —dijo apretando el botón que abría la puerta de la calle.

Jorge llegó al rellano, se aproximó al piso de Claudia y llamó al timbre. La puerta se abrió y una desmejorada Claudia le indicó que pasase.

—¿Cómo estás? —le preguntó al tiempo que le daba un efusivo abrazo que demostraba la estima que sentía por ella.

Claudia no contestó, se limitó únicamente a encogerse de hombros una vez se desunió el abrazo. Se dio la vuelta y, sin decir nada, se dirigió por el pasillo hacia el comedor; él la siguió.

—Lo lamento mucho, si necesitas algo solo tienes que decírmelo.

—Lo sé.

Se acercaron a la mesa, retiraron dos sillas y ambos se sentaron. Permanecieron un buen rato en silencio; un silencio que les dejaba un regusto avinagrado. Siempre se habían llevado bien, nunca hubo secretos entre ellos, hablaban sin tapujos de todos los temas o preocupaciones que podían rondarles por la cabeza en ese momento. Más que primos, siempre habían tenido una relación que se asemejaba más a la de dos hermanos; sin embargo, ahora estaban uno sentado al lado del otro sin decir nada, como si fuesen dos extraños que no se atrevían a romper aquel incomodo silencio, quizá por miedo a que el otro no respondiese o por miedo a que uno de los dos no supiese que contestar a las palabras del otro.

* * * *

«*Muerto* —pensó—*, lo han encontrado muerto, eso significa que ya ha empezado*».

Cogió el teléfono y marcó un número.

—Lo han encontrado muerto esta mañana.

No dijo nada más, ni esperó a que dijeran nada desde el otro lado. Simplemente colgó el teléfono.

El obispo de Tortosa había permanecido encerrado en su despacho desde que un sacerdote le diera la noticia de que había sido encontrado muerto. Sin saber qué hacer, pues sabía que si hacía la llamada que acababa de realizar ya no habría vuelta atrás.